

Noche mágica en el Congreso

Festival de Arte Sacro. Madrid. Salón de Pasos Perdidos del Palacio del Congreso de los Diputados. 31-III-2017. 19:30 horas. Eugenia Boix, soprano. Guillermo Turina, violonchelo. Tomoko Matsuoka, clave. Música vocal e instrumental de Monteverdi, Legrenzi, B. Marcello, Facco y G. Bononcini.

En la vida musical del melómano hay momentos únicos que, por virtud de una u otra circunstancia, devienen irrepetibles y quedan en la memoria como recuerdos mágicos que se cultivan con reverencia y delectación. El de la noche del viernes fue uno de ellos, una de esas raras ocasiones en que todo confluye en el camino de la perfección. De primeras suena raro, aunque atractivo, celebrar un concierto en un lugar tan profano, pero tan cargado de historia como el Salón de Pasos Perdidos del Congreso, más aún cuando se trata de música sacra. Sin embargo, a la postre resultó como una de aquellas *academias* que celebraban los potentados patrones del barroco para deleite propio y ajeno. El salón posee una acústica excelente, ni demasiado seca, ni demasiado reverberante, permitiendo escuchar con detalle voz e instrumentos. Su pequeño tamaño, propio de un gran salón dieciochesco, propicia una auténtica intimidad entre el público, los músicos y la música misma y genera complicidad y verdadero disfrute. La actitud en la escucha, la percepción del oyente experimenta un cambio radical y positivo. Pero ¡ajo!, al mismo tiempo supone un gran riesgo para los artistas, al quedar muy expuestos: es muy fácil que las vergüenzas queden al aire. No basta una interpretación cumplida, ha de ser extraordinaria. Y, en esto, los músicos convocados lograron una rara perfección, una transmisión exquisita y extremadamente cuidada del repertorio que tenían entre manos.

Porque otra virtud del concierto fue el repertorio elegido, bellissimo, pero muy alejado del aplauso fácil. Sin apenas lugar para el exhibicionismo, requiere una sensibilidad de mucha altura para gustar y lograr el éxito. Y así fue en nuestro caso. El programa se centró, como no podía ser de otra forma, en música para soprano y bajo continuo, con dos sonatas para violonchelo y bajo. Comenzó con el espléndido salmo *Laudate Dominum* de Monteverdi. Obra deliciosa, con su bajo de chacona de por medio. Tras unos primeros momentos en que la voz quedaba algo tapada por el clave (no por falta de volumen, sino por el maravilloso canto apianado que Eugenia Boix empleó con profusión a lo largo del concierto), todo fluyó con una naturalidad y calidad fuera de lo común, con una espléndida cadencia final muy en estilo. Tras el delicioso motete de Legrenzi, llegó el plato fuerte de la noche, el salmo *Domine quis habitabit*, de la colección *Estro poetico-armonico*, toda una declaración de principios de Benedetto Marcello, quien renegó de la modernidad y optó por una escritura culta. Esta colección no ha tenido éxito en disco, pues ha caído hasta ahora en las manos inadecuadas, intérpretes fríos e insensibles incapaces de revelar las bellezas de esta música. Y qué mejor demostración que la experiencia de nuestro concierto. Puedo decir que se trató de una de las piezas vocales más bellas y mejor interpretadas que he escuchado en los últimos años (¡ay, esa tiorba que faltaba!). La sonata de Marcello es un excelente ejemplo de la escritura instrumental del maestro veneciano, mientras que la de Jaime Facco tiene mucho interés, merced a su carácter corelliano, con su *Allegro* fugado, su melodismo en el *Adagio assai* y su virtuoso *Presto*, basado exclusivamente en progresiones armónicas. Curiosa la cantada de Facco y maravillosas las arias

extraídas de la *Maddalena a' piedi di Cristo* de Bononcini. El haber escogido esta musicalización y no lo mucho más conocida de Caldara y, además, terminar el concierto con una aria tan delicada como *Chi serva la beltà* (la que concluye el propio oratorio) es otra muestra del gusto y sensibilidad de los intérpretes, tan alejados de la búsqueda del aplauso fácil.

Eugenia Boix estuvo pletórica a lo largo de todo el concierto, sin un solo momento débil. Posee una voz clara y fresca, de bellissimo timbre. Dice con una convicción abrumadora y es cálida y comunicativa. Realizó estupendamente las escasas agilidades que exigen las composiciones interpretadas, cuenta con un estupendo fiato y afina con inmaculada precisión. Ya se ha indicado su impresionante prestación en Marcello, pero no puede olvidarse la excelencia que mostró en todo el canto, con un fraseo de un gusto sublime. Tampoco dejaré de mencionar los afortunados embellecimientos y la espléndida cadencia final en el da capo de la cantada de Facco, con sobreagudo incluido (realizado a la perfección).

Guillermo Turina fue la otra alma del concierto. El programa estaba elegido para proporcionar protagonismo al chelo, no sólo por las dos sonatas, sino por las numerosas intervenciones obligadas de su instrumento en las piezas vocales. Con un fraseo terso y expresivo, de muy altos vuelos (comienzo de la sonata de Marcello), espléndida sonoridad, genial *messa di voce* y depurada técnica, brilló en todo momento. En los obligados sus contribuciones fueron igualmente destacados, aportando estupendos toques de su propia cosecha (pizzicatos). Su compenetración con la soprano fue total, culminando con la mencionada *Chi serva la beltà*, marcada en la partitura como "aria con violoncello", dejándonos un sabor de boca inmejorable. Igualmente brilló a gran altura Tomoko Matsuoka, en particular en Bononcini, donde el bajo continuo tiene una intervención muy activa, más allá de los acordes cifrados.

Los ciento veintiún privilegiados (ni uno más) que llenábamos el salón no olvidaremos con facilidad un concierto tan especial.

Javier Sarría Pueyo